

NÚMERO 42

MEMORIA

Instituto Tecnológico Metropolitano • Medellín • Diciembre de 2015

ISSN 1692 - 0368

GARDEL VIVE MURIÉNDOSE DE LA RISA

Guillermo Zuluaga Ceballos



**GARDEL VIVE MURIÉNDOSE DE
LA RISA**

Guillermo Zuluaga Ceballos

**GARDEL VIVE MURIÉNDOSE DE
LA RISA**



INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO
INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA

MEMORIA

Número 42, diciembre de 2015

MEMORIA recoge texto polémicos a través de conferencias y ponencias, sobre personajes y hechos que han marcado un hito en el transcurso de la historia.

ISSN 1692-0368

© INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO
INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA

© GUILLERMO ZULUAGA CEBALLOS

Rectora

María Victoria Mejía Orozco

Editora

Silvia Inés Jiménez Gómez

Secretaría técnica

Carolina Castañeda Vergel

Fotografías

Guillermo Zuluaga Ceballos

Diseño, diagramación e impresión

ARTES GRÁFICAS Y PUBLICACIONES
Comunicaciones y Publicaciones

FONDO EDITORIAL ITM

Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural

Memoria / Instituto Tecnológico Metropolitano, Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural. -- No. 42 (dic. 2015) -- Medellín : Fondo Editorial ITM, 2015
66 p.
ISSN 1692-0368

1. Tango -- Medellín 2. Gardel, Carlos, 1890-1935 -- Crítica e interpretación I. Ceballos Zuluaga, Guillermo II.

Instituto Tecnológico Metropolitano. Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural.

Catalogación en la publicación – Biblioteca ITM

Calle 73 No. 76ª-354 Medellín-Colombia
(574) 4405246 – 4405298
E-mail: fondoeditorial@itm.edu.co
www.itm.edu.co

PRESENTACIÓN

La serie MEMORIA, en esta oportunidad, aborda una de las realidades que se pasean por toda Latinoamérica a manera de música: el tango. Este género, nacido como tal a fines del siglo XIX, llegó a nuestro país a principios del siglo XX y nunca más se fue, se quedó en los bares y cantinas del entonces barrio Guayaquil de Medellín, ubicado en el centro de la ciudad. Con el mismo fervor, esta influencia tanguera hizo que en esta ciudad, se quedara también uno de sus máximos exponentes, Carlos Gardel, que luego de venir a Medellín con su espectáculo de tango tuvo un accidente aéreo en el que murió, quedando su espíritu para siempre resguardado en estas montañas que acogió de tal manera al tango, que hoy hace parte fundamental de su cultura y de su historia.

El título de esta serie: «Gardel vive muriéndose de la risa», muestra los espacios de la ciudad, en pleno siglo XXI, que aún creen en la apuesta del tango: su poética, la estética de sus bailes, las melodías, que han terminado por referenciar a Medellín como una de las ciudades tangueras de América, con academias por doquier que enseñan a los niños, jóvenes y adultos a continuar una tradición que acaso iniciara el mito de la muerte de Gardel.

El autor de este texto, Guillermo Zuluaga, un historiador, periodista y cálido narrador de historias, nos hace añorar lugares como el Salón Málaga, El Patio del Tango o el bar Adiós muchachos y nos da a conocer una serie de personajes que han dado su vida por esta música y que nos alegran el espíritu con anécdotas, bailes y canciones. Incluso las fotografías que acompañan esta edición hacen parte del archivo personal del autor y recrean el paso del tango a lo largo de estos años, en Medellín.

Para el Fondo Editorial ITM publicar este tipo de obras es muy importante, pues como responsable de la divulgación del conocimiento científico, tecnológico, académico, artístico y social, procura preservar el acervo cultural de nuestra ciudad con elementos que nos dan identidad y nos ayudan a reconocernos en nuestra historia.

Es por ello que, el Fondo Editorial ITM se une a la conmemoración de los 80 años del fallecimiento de Carlos Gardel en Medellín, durante la novena edición del Festival Internacional de Tango, llevada a cabo entre el 22 y 28 de junio de 2015. Los invito a recorrer de la mano de este periodista narrador las páginas de este texto, que seguro encontrarán muy ameno e interesante porque está escrito para todos: para los que conocen de tango o los que quieren hacerlo; por eso, podemos decir como el gran Homero Manzi, un extraordinario compositor de letras de este género: «Así es el tango, sabés, de ayer y de hoy, requiebro y pena de amor. Si no entendés, escuchá lo que te digo, que los barrios son testigos de que cuento la verdad».

La Editora



Gardel se aferró al alma y al cuerpo del barrio Manrique

GARDEL VIVE MURIÉNDOSE DE LA RISA

Una vez pasó una señora con cinco muchachitos y se detuvo frente a las rejas de La Casa Gardeliana: —*Niños, ahí vivió Carlos Gardel*. Comenta Gustavo Rojas el dueño del Café Alaska. Y tiene claro cuándo lo oyó, pero nada les dijo: ¡Cómo desautorizaba a la señora! Es que Gardel es un mito.

Sí y no.

Gardel está en Medellín. Se ve con su sonrisita de medio lazo, su sombrero de ala delgada, su vestido negro impecable, su esmoquin y mancuernas para fiesta de club reservado; también con pantalones de pampero bombachos y pañuelo anudado al cuello. Gardel, aunque algunos aseguren lo contrario, está muy vivo. ¡Tan presente! El eco de su voz aún retumba en este Valle de Aburrá: se le siente nítida. Vibra, anima amores, calma desamores, reaviva nostalgias. Algunos, entre ellos el periodista argentino Rubén Rafa, decía que cada vez «canta mejor»; y que: «Gardel nunca se ha ido», frasean los eslóganes publicitarios.

Eso dicen y ya veremos.

Es tarde de sábado y hubo largas filas afuera del Teatro Lido. El presentador del evento anuncia la presencia de Gardel y de pronto este se aparece vistiendo esmoquin negro. La gente lo recibe con una fuerte ovación y aplausos, como el repicar de la lluvia sobre un tejado de latas. La fecha es 19 de junio de 2010 y se ve radiante. Quizá más que en el verano del 35. Este Gardel sale cantando «*El día que me quieras*», compuesto por Lepera, compañero que también se quedó con él en esta ciudad. Suena elocuente, voz gruesa y afinada. No era el Ga-Ra-Del, sino el Gardel que luego alegrará la tarde debajo de un humo amarillo que se transforma en verde y luego -magia luminotécnica- en fucsia, sobre su cabeza engominada y lustrosa.

Termina su primera canción y de nuevo palmas. Y pronto sigue en lo suyo. Viene *Cuesta abajo*. La gente en luneta y en todo el teatro, emocionada. Eufórica. Él se hace humo unos cortos minutos detrás de los encortinados negros y al retornar al escenario, para empezar con su *Mano a mano*, lleva ya un sombrero negro, muy Gardel, que destaca su presencia. Luego interpreta *Yira yira* que hizo con Discépolo, y se despide, como tantas veces, con *Melodía de arrabal*.

Un hombre entrado en sus sesenta que ha cantado todas las canciones con su mano en el pecho, se levanta de la silla en luneta para saludarlo, y el Zorzal, tan afectuoso, le alarga la mano.

Al final de su presentación, estrella de la *Paramounth* al fin y al cabo, da declaraciones a la prensa. Dice que le

alegra estar en Medellín, que le encanta saber que 75 años después aún lo quieren y no lo han dejado marcharse. Que le entusiasma estar entre nosotros. Afuera del teatro la gente sigue pendiente de sus movimientos. Se quiere tomar fotografías, estrecharle la mano. Los reporteros quieren abordarlo. Tener sus impresiones.

—Ha sido muy grato ver a la gente disfrutar del tango— le comenta inicialmente a un periodista de *El Espectador* que llegó a verlo. Luego, como si fuera un diplomático avezado, dice que Medellín es «maravichosa» y que le ha brindado su calor y por eso nunca ha querido irse.

—Aún seguís bárbaro con las minas— le observa un reportero, a lo que nada responde modesto, tan poco argentino, pero le sonrío de medio lado. Le cuentan que en la ciudad la gente se quedó con sus canciones y él se alegra de que aún se disfruten, pues fueron escritas en los años veinte, «la Edad de Oro» del tango.

Didáctico este Gardel. Enseguida dice que aún le canta al desamor, que le apuesta a los caballos así pierda «por una cabeza». Pero en lo que más insiste es en la satisfacción de ver, que contrario a una de sus letras, el tango no va cuesta abajo. «Está en auge, de hecho aquí en Medellín vemos muchos niños de cuatro años bailando pese a que es un ritmo difícil. También me ha alegrado escuchar jóvenes cantando, pero más, saber que están comprometidos con este, que es para mí el género musical más bonito de toda la historia de la música».

Gardel nunca se ha ido, y este domingo 20 lo hemos visto de nuevo repartiendo tarjetitas. En ellas se presenta como

cantante y actor, y la gente otra vez, tan animada, desea tomarse fotos con él.

Gardel nunca se ha ido, debió pensar Lucía Ascano, cuando lo vio el lunes 21 bien de mañana en el ascensor de la Alcaldía Municipal.

—Está igualito—, le dijo, y le subrayó su frase con una sonrisa.

A la estampa y galantería de Gardel no las marea el tiempo. En este junio está dentro de David Gutiérrez, barítono lírico graduado como Maestro en Canto de la Universidad de Antioquia, quien siente que es un honor que se le haya tenido en cuenta para representarlo:

—Hay que hacerlo con todo el respeto que él se merece—.

Este Gardel tan Gardel es un tipo alto, buena facha, rostro blanco y nariz afilada, que ha tenido que maquillarse para hacerse más parecido al Zorzal. Además de cambiar el corte de cabello, vio películas protagonizadas por Carlitos y acepta que cantar como él es complicado, aunque decidió hacerlo en «su estilo, pero asimilando gesticulaciones y apropiándose del personaje».

A David le viene en la sangre la pasión por el canto, pues su padre también entonaba tangos, y dice que *Cambalache* y *Cuesta abajo* son las que más le gustan del Zorzal. Pero cuando es él, disfruta interpretando el *Amor desolado*, la cual no se compuso inicialmente como tango pero luego se immortalizó en el género.

—¿Sabés qué es inimitable?: la sonrisa, la dentadura de Gardel—.

En el Málaga

Gardel nunca se ha ido. «Está en seis u ocho veces», me dice, y no sé si me entendió bien la pregunta don Gustavo Arteaga, detrás de sus lentes y su figura menuda, mientras interrumpe por un minuto su rutina de 38 y 75 rpm.

El Salón Málaga fue fundado como bar hace 58 años, el 15 de octubre de 1957. En principio se ubicó en las calles Maturín con Abejorral, para luego quedarse sobre la carrera Bolívar, contiguo a la Estación San Antonio del Metro. El bar abre sus puertas a las ocho de la mañana hasta la una de la madrugada, y se ha convertido en referente y patrimonio de la ciudad, merecedor de premios y reconocimientos, entre otros, de la Asamblea de Antioquia y del Concejo de Medellín.

Es la tarde del 30 de junio de 2010 y basta cruzar la puerta del bar, para de nuevo sentir la presencia de Gardel. En el salón hay medio centenar de mesas y la gente llega a tomar cerveza, café cerrero, y uno que otro carea un «chico» en las mesas de billar del fondo. Gardel está vivo y presente. Es fácil verlo, sentirlo, incluso le roba protagonismo -válgame Dios- a un cuadro del Corazón de Jesús; pero también se ve al lado de un perrito, en un cuadro de una película de la *Paramounth*: está enmarcado y a lápiz con su sombrero y en una verdosa luna llena con su guitarra. Viste esmoquin negro tan cerca de Juan Pulido y tan lejos de Guillermo Buitrago. Está entre viejas fotografías de Medellín y muchas más de los dueños y visitantes ilustres. Está parado, hecho en madera, todo *dummy*, y con su mano atenta a la entrada del salón del sótano promocionando el Festival Internacional de Tango. Y está al frente de Pedro

Infante, con su esmoquin de nuevo, y su sonrisita de crema dental. Está al óleo, en sepia, entre fotos de orquestas y cuadros de imágenes publicitarias de los cafés bonaerenses. También se halla ocho veces en el sótano, pero no por ello está olvidado, qué te digo. Está incluso tallado en madera, su traje silueteado. Gardel, como la cadena radial donde tanto él cantaba, «*está en todas partes*». Ah, también se ve en una caricatura con su sonrisota blanca y sombrero de medio lao, sobre un lienzo de fique.

Sin embargo, Gardel no es muy solicitado, dirá después César Arteaga, administrador, pues la gente va a ese sitio en busca no solo de tangos sino de otros ritmos como el pasillo y el bolero. Este Málaga no es pues ni gardeliano ni al parecer tanguero. Pero Gardel sí que lo habita.

Tomo y olvido, es el tema más pedido. Escucho y olvido. Y sigo tras sus pasos.

Gardel canta y cuenta

—Gardel nunca se ha ido, está en el tango y el tango se quedó en Medellín porque es una ciudad ideal para este ritmo—, dice Memo Ángel, profesor universitario y eximio conversador, en una de las charlas del Festival Internacional de Tango, 2010. El tango y Gardel también copan espacios académicos, investigaciones y muchos libros de eruditos y de otros no tan legos pero sí devotos. Memo argumenta razones para creer que el tango seguirá entre nosotros.

—Somos gente muy sola y esa es una característica de una ciudad. El tango es para gente que vive un «confinamiento intensivo», como lo diría Konrad de Lorenz—, continúa

diciendo Memo, y enciende un cuarto quinto sexto cigarrillo, y como prueba de su teoría recuerda a los coleccionistas de música.

—Hay algo de encierro en ellos—, trata de decir. O yo de entender.

—Pero igual, el absurdo hace parte de esta cultura. El tango es para situaciones absurdas como el desamor prolongado, contradictorias, y Medellín lo es en todos los sentidos y nosotros somos gente frustrada, de corto vuelo como las gallinas, vivimos el mito de un antioqueño que ya no está entre nosotros—.

Prestidigitador o conocedor, Memo le apuesta al futuro del tango. —Los muchachos están cantando y bailando—, dice y compara con el otro ritmo que es la moda juvenil:

—el reggaetón no cuenta historias—, dice Memo, y contra argumenta con la fineza de este ritmo que cuenta, «y cuenta bien».

El tango tuvo influencia del poeta Rubén Darío que les enseñó a los autores a hacer y pulir versos. Gardel nunca se ha ido, según Memo. «*Tomo y olvido* es el tango más escuchado», considera y recuerda que en el Teatro España se quemó una cinta debido a que se recalentó de tanto ponerla, porque la gente no se cansaba de verla. Eso dice Memo: que Gardel da para todo.

Y entonces, -en ese entonces- me propongo un recorrido:



Tango que en su ritmo y letras, canta y cuenta
la evolución de esta ciudad

En el altar de El Patio

—Este sitio es un homenaje diario al tango. Y según el cantante Jorge Guillermo, Gardel anda por este sector—. Lo dice Carlos Rendón, administrador de *El Patio del Tango*, una tarde de junio de 2015, y quiero creerle.

A 400 metros de distancia de donde naciera para la eternidad, Gardel, pese a un balazo en el pecho, exulta vida, tiene la sonrisa plena y el frac bien puesto. Está en una de las paredes de *El Patio del Tango*, el mismo lugar donde lo dejara Aníbal Moncada y donde al parecer, al igual que su sonrisa, permanecerá para siempre.

Ese Gardel abaleado es quizá el más famoso de Medellín. Es el mismo al que el cronista Juan José Hoyos le construyó un pasado, un origen, y le dio vida en tantos textos donde destaca la relación de Aníbal Moncada con su divinidad, su San Romualdo: «El Gordo y el cuadro parecen cosidos uno al otro por la fuerza del destino. Él se ríe recordando las historias del cuadro. Sucedió en El Patio viejo. Allí la foto de Gardel, todavía sin pintura y sin aviones, también presidía la pista de baile y la gente la veneraba como si fuera el cuadro de un santo». Según narró Juan José, el Gordo Aníbal siempre le encendía velas antes de del *show*.

«Una noche, un borracho entró al bar, se detuvo junto al cuadro y sacó un revólver. Los músicos y los cantantes se asustaron, pararon la música y se tiraron al suelo. El borracho los miró sin rabia y luego disparó tres tiros contra el cuadro. Después guardó el arma y les dijo: —tranquilos, muchachos, sigan cantando que este problema no es con ustedes, sino con Gardel—. Y salió del bar caminando tranquilo por en medio de las mesas».

—El hombre lo abaleó—, dice Juan José y le creo. Sin embargo ese disparo tampoco mató a Gardel, al Gardel de don Aníbal, y lo convierte en uno de los referentes de ese mito en que se ha convertido en la ciudad:

«Una tarde vino un señor que conoció la historia a ver si se lo prestábamos, pero le dijimos que de aquí no salía, que le tomara fotos pero allí. Esos cuadros se quedarán por siempre. Ese era el altar del Gordo». Dice Carlos (no Gardel) sino Rendón, quien sigue pendiente del bife de chorizos que le han pedido para una mesa.

El Gardel abaleado es el más famoso, pero no el único. Está acompañado de otros 120 en las paredes de este patio. Aún más, en el alma y la vida de clientes habituales como también de algunos ocasionales que a veces llegan y echan sus historias:

«Hace tres años a un señor le celebraban los 95 años y vinieron más de 20 personas. Era tembloroso, y toda la familia acosaba que arrancara el show porque él no aguantaría. Y el viejito me llamó a la mesa y me dijo: —yo conocí a Gardel muerto—; que él estaba muy pequeñito cuando llevaban el cadáver de Gardel en mula hacia Buenaventura, la mula rodó y cayó al patio de mi casa y ahí nos tocó ayudar a organizar el cajón. El anciano lo dijo muy seguro, pero que no pudo decir en cambio dónde era su finca».

Eso comenta Carlos. Y le pregunto entonces si se puede creer eso de que Gardel cada vez canta mejor, como dicen en la radio.

—Ese dicho es precisito para él—, apunta Carlos, a quien le gusta *Cuesta abajo* y al parecer comienza a gustarle esto de la recordación:

«Una vez vino también una señora que vive en Estados Unidos. Le tomó fotos a todos los cuadros de Gardel, y dijo que quien le hablara mal de él, se iba de su lado. —Vea, tuve tres matrimonios, y a todos los he echado porque me ponen celos con Gardel o me hablan mal de él—».

Carlos dice que por ese patio cruzan muchos, incluso gentes con menos de 80 junios a cuestras que afirman haberlo tenido en frente. El profesor Asdrúbal Valencia dice que lo han visto en Guarne, pero era un señor que lo imita y vive allá. Pero son eso, aclara enseguida:

«Hay muchos imitadores, pero son eso. No se parecen ni en el sombrero, porque ni se lo saben poner».



El cronista Juan José Hoyos y don Javier Ocampo, tutelados por el Zorzal criollo, en el Homero Manzi

Adiós muchachos

Andaba tras los pasos de Gardel y termino encontrándome en *Adiós Muchachos*, con alguien que se cree un pedazo de él. Aunque de pronto él no esté tan seguro.

Son las siete de la noche de un lunes de agosto y en este bar ubicado en la muy céntrica esquina de El Palo con Pichincha, se respira, como diría Manuel Mejía Vallejo, tanto aire de tango.

Adiós Muchachos fue fundado por la familia Valencia hace 30 años en el centro de Medellín. Si bien en los primeros años fue una taberna de música variada, hoy es uno de los bares donde más se evoca a Gardel. Bueno, decirlo luego de conocer su razón social suena Perogrullo. Julio Ernesto Valencia fue quien le dio vida a este bar siendo propietario anteriormente de diferentes negocios de tango en la ciudad, pero que no lograron sobrevivir por la llegada de otros más rentables.

Su nombre *Adiós Muchachos* alienta una despedida, muy gardeliana, pero abre sus puertas al público desde las dos de la tarde y las cierra a las dos de la madrugada.

En el bar hay nueve mesas de fórmica, silletas con espaldar recubierto de cuero. En la quinta mesa una pareja toma ron con soda y se da besos furtivos. El bar lo están remodelando: hay una nueva repisa con ron y aguardiente; una larga barra de madera en forma de L y diez sillas de madera, y en dos de ellas, hombres con pintas de albañiles piden cerveza.

Un Gardel hecho *dummy* de madera estira la mano en la entrada. Es el más grande, y hay más: se ve vestido de azul, en la carátula de una película: Carlos Gardel Tangobar. También en una reja de madera que es la entrada al bar: entre recuadritos de vidrio se ve al lado de Agustín Magaldi, Horacio Salgán, Pepe Aguirre, el Ché Guevara -¿por qué el Che?-. Y está, además, en tres fotografías: con su sombrero, brindando con copa de vino. Y hay otra de esmoquin.

Un hombre solitario toma cerveza en la segunda mesa y cuando entra una vendedora de lotería, la invita a sentarse. Ella, sin disimulo, le quita sus manos que intentan rodearle la cintura.

Este ambiente y estos oficios humildes que se adivinan en las ropas y un no sé qué más.... son quizá lo más tanguero visto hasta ahora. A diferencia de otros sitios, acá el tango no se viste de seda: aquí es burdo, percal puro.

Pero la música es tan armónica. ¡Se siente tan propia! Sin tanto ropaje como en sitios donde estuve recientemente.

Un hombre de cabello cano, surte la nevera. Está dentro de la barra y dice que no sabe nada de tango. Se llama Hugo Parra Contreras, tiene sesenta y algo, y trabaja en el bar hace cuatro años.

—Yo no sé de tangos, pero los programo en el computador o con los títulos busco—. Eso dice, y que los que más tiene que buscar cuando las mujeres llegan es *Lejos de ti*, de Raúl Garcé.

—A los hombres les gusta la música más variada. Alguna vez uno lloró en la barra y tocó repetirle *A la luz de un candil*, porque le recordaba a un amigo. Y también piden a Magaldi y a Gardel. *Por una cabeza* es la que más solicitan. Y ya le estoy cogiendo el golpe a Gardel—. Dice don Hugo, y lentamente se pone unos lentes y recorre con su mirada la pantalla a ver si ubica *Sangre maleva*.

—Escucho mucha gente que habla de Gardel; saben desde el momento en que nació hasta cuántas mozas tuvo. Se toman fotografías con el de la entrada (el *dummy* en tamaño real). Lo abrazan.

En la tercera mesa otro hombre, solo, toma cerveza. Se acerca hasta la barra. Está un poco ebrio. Le gusta el tango por la historia, porque atrae a la gente, alcanza a decir. Al fondo suena *Noches de luna llena*, mezcla de tango y pasodoble. El hombre no ata dos frases pero intenta.

—Y por el baile y el ritmo, me gustan...no todos los tangos. Gardel sí me gusta. Y casi nadie sabe lo de él, yo sí... cantó con Lepera...a ver...me gusta... *Por una cabeza*. Cuando él vino, dijo: hago gira por Suramérica—.

—Soy de la Milagrosa. Me llamo Gabriel... casi Gardel..., pero no doy más datos personales. No. Si me invita a guaro le cuento más. Vea a ver.

Le digo que me gustaría invitarlo pero también le digo que no tengo tiempo, debo continuar un recorrido. Eso le digo pero no sé si me cree—.

¡Adiós muchachos...!

En el paredón del Homero Manzi

En la rimbombante *Casa Cultural Homero Manzi*, o lo que la gente resume como *El Homero*, hay dieciocho Gardeles: en alguno fuma, en otro es un lienzo; en otro promociona *La compraventa Gardel, atención 24 horas*. En otro más luce esmoquin; en otro tiene puesto un sombrero, en otro habla por teléfono. En otro viste de pampero, bombachos y pañuelo de azul claro, y toca guitarra. En otro está como flotando sobre la calle 9 de julio de Buenos Aires, a la altura del Obelisco, y estar a la altura de ese ícono de Buenos Aires no es cualquier asuntico. Y hay más...

El Homero Manzi es uno de los referentes de tango de Medellín fundado en 1988 por Francisco Javier Ocampo. Ocupa una casona esquinera, unas cuadras cerca de las Torres de Bomboná, centro de la ciudad. Su nombre se da como iniciativa de su creador por hacer perdurar los poetas del tango. Eso dice por ahí en la publicidad pero el sitio no es muy poético.

El Homero abre todos los días al caer la tarde. El ambiente es apacible. Suenan tangos muy conocidos, y debajo de las fotografías y al lado de materas que le dan cierto aire de casa montañera, hay sencillas mesas con manteles donde siempre ocho o diez habituales las ocupan. Y hay una barra pequeña recubierta de baldosín, donde cuatro personas podrán hacer tumulto.

Los días y las noches parecen tan iguales en este espacio que le rinde homenaje a Homero Manzi...

Sur, paredón y después...

A la altura promedio de los ojos, al frente de la puerta de ingreso, desde la pared, un Gardel, en *dummy*, tamaño natural y con cuerpo de madera, alarga la mano, sonrío y promociona que: «nunca se ha ido». Se quedó ahí desde el festival internacional de 2010.

Y está en la vida de Orlando Loaiza, mesero, que al igual que las fotografías y los recuerdos, también parece parte del acumulado cultural de este espacio y basta recordárselo para pintar una sonrisa en su adusto rostro.

Loaiza ha trabajado en El Homero 27 de sus 56 años, la mitad de su vida, y dice que de allí saldrá solo para el cementerio. Quizá exagere.

Es una noche de martes de agosto y hay dos mesas ocupadas, como casi todas las noches de martes. Mientras que en algún lado gime un bandoneón y suena *Malena*, que *canta el tango como ninguna*, Loaiza, quien es tipo amable pero tímido, comenta que le gusta el tango desde muy chico.

—Me encanta el tango. Soy de Salamina (Caldas), y allá escuchaba en un negocio, el Rey del tango. No me dejaban entrar a los locales. Me paraba afuera a escuchar, y desde esos años me gusta *Cuesta abajo*, de Gardel, y *Totazos*, de Larroca.

Llegó a vivir al barrio Miranda, siendo aún muy niño, y allá una tarde, Javier Ocampo, le pidió que le ayudara a pintar su casa. Luego lo invitó a trabajar en su Tango Bar, en Junín con Pichincha, y al cabo de dos años se vinieron juntos al *Homero Manzi*.

Comienza a sonar *Cambalache* y a la pregunta por Gardel, Loaiza dice que por ahí algo ha escuchado.

—Gardel...claro. Es el papá de los pollitos. Me gusta *Cuesta abajo*, *Volver*, *Yira*. Dicen que se le aparecía al Gordo Aníbal, pero yo no creo. Eso sí, cada vez canta mejor. Eso sí—.

—¿Cómo comprobarlo?

—Sencillo: si uno escucha y le pone atención—.

Dice Loaiza tan convincente, y enseguida comenta que de los Gardeles que habitan *El Homero* el que más le gusta es el de esmoquin, camisa con mancuernas y cruzado de brazos.

Fueron tres años, suena de fondo. Loaiza dice que en *El Homero*, casa cultural del tango, lo que más gusta es «lo popular»: Pepe Aguirre, Manzini, Larroca..., aunque vienen jóvenes a pedir Calamaro, Goyeneche y Varela.

Insisto por Gardel y el muy tímido Loaiza comienza a ceder un poco, y dice que a él también le gusta, más allá de las canciones:

—Un señor, no menciono nombre porque creo que está extraditado, me pedía *Volver*. No pedía sino ese tema. Y sacaba uno de 20 mil. Póngamelo de nuevo. Tranquilo, no me tiene que dar nada. Otra vez y tenga. Tranquilo, no tiene que darme nada... Pero me echaba billetes al bolsillo. Tomaba whisky. Una botella dele dele, y repítame *Volver*..., a veces *Yira*. Venía los jueves y me iba bien con propinas—.

He ido descubriendo que hay tantas razones para querer a Gardel. Loaiza, como para expiar un poco su culpa, admite que a la pareja de baile de esa noche, aquel hombre sin nombre ni apellido, le dio 200 mil. Y algo me hace creer que aquellos bailarines tuvieron mejor ritmo ese viernes.

En medio de un matriarcado

—Gardel es lo máximo. Y eso de que cada día canta mejor, es cierto. A mí me gusta *Caminito*. Esa canción es como si fuera mostrándonos para dónde vamos—. Dice seguro don Camilo Giraldo, quien esta noche de martes se atravesó con su esposa Leida Arredondo desde el barrio Belén para venir al *Homero*.

El sitio y los clientes parecen siempre iguales. Como una postal. Como un sello. Pero hay un día distinto en el mes: un sábado, el tercero casi siempre, cuando la Asociación Gardeliana (creada en 1971 al calor de los primeros festivales de tango) se reúne y hace una «fiesta» en honor al hombre...

Mito

Deidad

Divinidad

Actor

Cantor

Apostador

Enamorado

...que nunca se ha ido de estas tierras.

En este agosto de 2015, el encuentro se adelantó al segundo sábado. Desde las tres de la tarde la gente fue llegando. La programación incluyó la película *Fermín*; luego Marcos Blandón, un tipo con cara de púber habló de

«el bandoneón en el tango», algo así como el acordeón en el vallenato, y lo que significó para él lograr cumplir este anhelo de interpretar este instrumento, el cual en cinco años ya le ha permitido atravesar el Atlántico para llevar su fuello a Europa.

David Gutiérrez, aquel Gardel que hace cinco años dijera que le gustaba imitarlo, aunque su sonrisa fuera «inimitable», ha cantado cuatro temas y despide —qué coincidencia— con su *Melodía de arrabal*, acompañado por la pareja de baile de Diana Ocampo y Jorge Valencia, quienes también vinieron a homenajear a Gardel en una vez más.

He estado tantas veces que me parece casi una fotografía esta reunión. Se sabe que en un sitio muy central estará Jaime Jaramillo Panesso, Irma Ocampo, Jaime Osorio (y hasta hace un tiempo Leonardo Nieto) quienes se tomarán un vinito, dos tres cuatro, una empanada argentina que traen del restaurante Versailles, y comprarán una boleta de algo que se rife para mantener la asociación y poder sacar el boletín, y así...

Jaramillo es aficionado, pero también es juicioso indagador por este género y ha escrito mucho sobre el tango y, claro, sobre «Él».

—Gardel es el símbolo más sustentado y permanente del tango en la ciudad; es un ícono que permanece y permanecerá—. Dice a modo de resumen. Ya ha dicho mucho y quiere descansar este amable viejo Panesso.

Y también, casi es sabido el sitio que ocupan en las mesas los participantes de siempre: en la mesa del rincón estarán

unos médicos a los que, se supone, les molesta un poco el volumen, y a veces también llegan unos cuantos ocasionales. Y son tan pocos que llaman la atención. A veces van jóvenes.

—Me gustan todos los tangos. *El último café*, el que más. Soy pediatra del Hospital General. Mi amiga (mira a otra joven y atractiva como la que está al lado) me metió en esto. Y ya mantengo tangos hasta en mi teléfono—. Comenta María Luisa, 29 años. —Que me excuse la infidencia—, quien no le perdió pista a los movimientos de Marcos Blandón y no fue por los pantalones desgastados de mezclilla o por el cabellito negro en cola de caballo del bandoneonista.

—Además, hay historias detrás de sus canciones y es melancólico. En la música uno busca refugio para ciertos sentimientos y el tango es evocador—.

Hay quienes dicen que la Asociación viene un poco de capa caída. Sin embargo, en la reunión, uno ve acuciosas a las señoras de la Junta Directiva —todo un matriarcado—.

—Gardel es el eje alrededor del cual gira toda la actividad tanguera en nuestra ciudad y muy especialmente en la Asociación, lo cual no significa que todas las actividades sean referentes a él. No, todas son para difundir la música del Río de La Plata en sus diferentes manifestaciones—. Comentaré luego del ajetreo María Inés Fernández, quien hace parte de la asociación hace ocho años y lleva seis como secretaria de la Junta Directiva.

—Gardel fue un visionario. Él es el más grande. Para mí son Gardel y... los demás—. Piensa ella, tan representante de la asociación, pero... este homenaje a Gardel hoy no

ha sonado muy gardeliano. Tocaré enfilar baterías hacia el anfitrión Javier Ocampo, a intentar recomponer el camino:

—Gardel es el ícono del tango, el más importante de la historia. Es el que nos ha mantenido en este cuento. Si él no hubiera existido no sé... es inigualable. Sobresalió. Es luz y directriz de los tangueros—. Eso comenta tan académico don Javier, todo bien peinado su escaso cabello negro y muy sonriente desde adentro de su barra.

Son poco más de las ocho de la noche; la programación ha concluido. Suena *Lejos de tí*, de Raúl Garcé y la gente canta. De repente me pregunto si somos tan gardelianos en Medellín como a veces nos creemos...

No sé.

...solo sé que yo te quiero con una inmensa pasión...

Una Boa que poco constriñe

Es la noche del primer jueves de septiembre en el bar *La Boa*. Solo tres mesas ocupadas y tantas penumbras. En la barra hay un hombre que toma cerveza y parece que lo tiene sin cuidado la música que suena. Y de fondo, detrás, delante, al lado, no sé, Gardel evocando su *Caminito*...

En las mesas hay chicas: en la primera al lado de la barra dos se prodigan caricias furtivas; en otra, dos ya mayorcitas toman cerveza y hablan y piden que les pongan una canción de Adriana Varela, pero el administrador, un hombre de sesenta, barbas desaliñadas y una prominente quijada, les

dice que no sabe manejar el equipo de sonido, que si quieren, vayan y lo busquen.

Una de ellas dice que ahora. Y apura otro trago.

En la mesa que queda al lado de la ventana, otras tres chicas beben cerveza y están pendientes de la acera por donde también pasa la gente pendiente de los de adentro del bar.

La Boa ya no constriñe. Parece. Está tan sola. Desde la mesa de la puerta, mientras miro una docena de fotos del Ché Guevara (¿por qué el Ché en una pared de sitio de tango?, vuelvo y me pregunto). Y enseguida recuerdo otros tiempos cuando este bar era el más concurrido en la calle Maracaibo, entre El Palo y Girardot.

En sus comienzos este sitio atrapó con sus olores. Hubo aquí una repostería que en los años sesentas Iván Zuluaga compró y estableció el bar de tangos *La Boa*. Y tuvo sus años buenos. Fue sitio de encuentro de empresarios y de dirigentes políticos. Y de ingenieros, médicos, escritores, artistas. Bohemios todos *revueltos en el mismo merengue*. De hecho, en una pared afuera del bar, se decía que Manuel Mejía escribió parte de su *Aire de tango* en una mesa (eso también escuché cuando investigaba la historia del restaurante Versailles: creamos en las dos versiones. Al restaurante iba de día, y *La Boa*, lo atrapaba con su ron con Coca-Cola, en las noches).

Cuando comenzó el siglo, *La Boa* fue perdiendo su capacidad de apretar posibles amantes del tango. Por un tiempo cerró sus puertas, y luego Luis Galar y Fernando Ríos reabrieron con la razón social de *La Boa Cantina*

Constrictor; aunque –sea dicho- al nombre o a la culebrita pintada en la acera, pocos le prestan atención: siempre es conocida simplemente como *La Boa*.

Gardel se ha insinuado con su voz en esta noche. También él hace parte de este sitio: en la pared de la entrada, justo debajo de su atractiva ventana hay veintidós pequeñas imágenes del Zorzal Criollo, dispuestas alternativamente en filas de cuatro y cinco cada una. Y está en un par de fotos, en blanco y negro, por allá tan escondido al lado del lavamanos.

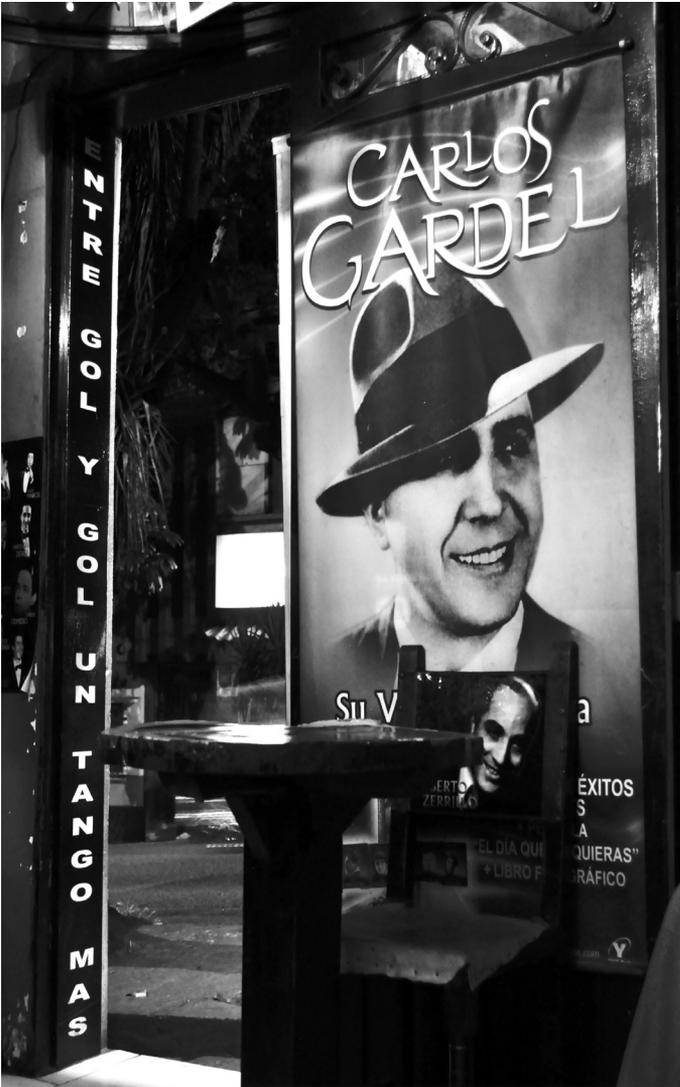
Poco antes de las nueve las chicas llaman al administrador y este llega al momento, como arrastrando sus pasos hasta la mesa. Le piden tres cervezas más y le solicitan que les ponga *Cuesta abajo*. Me llama la atención que unas chicas pidan al Zorzal.

—¿Por qué Gardel? —

—Por su música—, dice la más joven. —Además por sus letras—, complementa otra.

—Y, ¿por su pinta? — Indago de nuevo.

—No, la verdad no pensamos en eso—. Dijo la de voz más potente. Las otras asintieron y yo debo creerles.



Entre goles y goles, Carlos Gardel habita el Viejo Rincón

De Gardel y de Gabriel

El hombre dice que el tango que más pone es *El sueño del pibe*. No cuestiono su respuesta (más adelante me dirá que eso no es cierto); por ahora quiero creerle.

El sitio está en Bomboná, cuando esta calle deja de ser plana en el centro de la ciudad y comienza a empinarse, como el cuello de una cobra en busca de presa, hacia el barrio El Salvador. *El Viejo Rincón* es una cantina con diez mesas y una barra de madera, donde todo remite a una relación que ha hermanado a Colombia con Argentina: el tango y el fútbol. Eso es lo que quiere su propietario. En la entrada, escrito en el marco de la puerta de hierro, un anuncio previene: «Entre gol y gol, un tango». Unos pasos adelante, esa relación se materializa cuando se observa que Gardel está al lado de Francescolli, que besa la Copa Libertadores de América del 1996, y entre Pelé, vestido con la *canarinha* que celebra un gol en México 70.

La historia de este *Viejo Rincón* hay que rastrearla en las soledades de Nueva York en 1968, cuando Gustavo y Antonio, hermanos del arquero de fútbol Gabriel Mejía, montaron en Queens un bar donde los latinos pudieran llegar a escuchar música. El sitio con capacidad para unas cien personas fue posibilidad de encuentro durante diez años, tiempo en el cual llegaron artistas de la calidad de Orlando Contreras, Julio Jaramillo, Olimpo Cárdenas, en la efervescencia de su fama. Hasta Gabriel cantaba y rasgaba su guitarra en ese espacio, imitando a Irusta, Magaldi y a Gardel, claro.

En 1978, los hermanos Mejía comenzaron a desgranarse de nuevo hasta Medellín y montaron el Balcón de los artistas, en la calle Colombia con la 65; luego pasaron a la Bolera Acuario, y de allá siguieron el peregrinaje por el occidente, alternando la presentación de artistas locales y extranjeros, principalmente cantores de tangos. Antonio regresó a Nueva York un tiempo, y hace cinco años, cansado de *rodar y rodar por el mundo*, se instaló –al parecer ya del todo- en el Viejo Rincón. La posibilidad se le dio en este Bomboná con la 40, local cercano a su sitio de residencia, y lo nombró *Viejo rincón*, en honor al tango que canta Ledesma y también Larroca.

–Tengo contrato por otros cuatro años y ya estoy pensando en una academia de tango y milonga—. Dice Antonio, y su larga figura de tez morena y cabello totalmente cano –también debió servir para arquero pero dice que jugó de interior derecho- comienza a reparar en las fotografías del local:

–Aquí hay tantas fotos de Gardel como de Gabriel—.

Gabriel, a quien hace referencia –mejor reverencia- es, quedó dicho, su hermano mayor, considerado uno de los mejores arqueros antioqueños de todos los tiempos y quien jugara en el Medellín, en el Nacional, y en media docena de equipos más, incluidos alguno de Perú, donde, dice Antonio, fue el primer extranjero en pararse en el arco. Además, disputó varios partidos amistosos de celebridades del fútbol suramericano en los años sesenta y setenta, como lo testimonian las fotografías y recortes de prensa que habitan este espacio, donde, entre otras luminarias de esos años maravillosos, sobresale la figura de Pelé.

Antonio evoca la figura de su hermano y dice con admiración que todo se debe a él. Porque este negocio hecho tango y goles nació gracias a la afición que desde bien chico Gabriel tuvo por el tango, cuando escuchaba a su madre cantar *Pañuelito triste*, mientras asaba las arepas allá en el Camellón de Guanteros, sector donde vivió la humilde y numerosa familia. Con los años, Gabriel aprendió por su cuenta a tocar guitarra y en las concentraciones de sus equipos la sacaba y cantaba tangos de Gardel, del que recordaba su muerte pues para ese momento ya tenía nueve años. Serían las mismas canciones que cantó en Nueva York, cuando al final de su carrera se fue y se los llevó a vivir a ellos. Las mismas que compartió con Larraz, Retamozzo, De Ginastasio, otros jugadores del Sur, que al concluir sus carreras en Colombia siguieron su recorrido al Norte, y donde compartieron canciones, nostalgias y bohemias con el popular arquero.

—Desde que tengo uso de razón vi a Gabriel con sus elepés de Gardel y su buena voz cantando. Con decirle que hasta grabó tangos que tengo por ahí—.

Gabriel Mejía —el que también está en todas partes en este *Viejo Rincón*, que no es tan viejo ni tan rincón—, murió en 1991 a los 63 años y desde entonces, sin decirlo, sus hermanos son celosos guardianes de su memoria. Hablan de él mientras caminan como sin rumbo, o ya muy acostumbrados por este salón, y tascan nostalgias en este sitio donde hay tantas imágenes que recuerdan su presencia.

—No es porque sea mi hermano, pero Gabriel fue el mejor arquero que yo haya visto—. Dice Antonio a sus 73 y con su pinta de 55, para quien, agrega, el fútbol y el tango son «mi vida».

Y como es su vida, el *Viejo Rincón* se inca ante este deporte, con cientos de imágenes, recortes de prensa y fotocopias de muy dudosa calidad, que él conserva y pega en las paredes, en las vigas de madera del techo y en cuanto espacio encuentre disponible; hasta las mesas y las sillas están forradas con fotografías de carátulas de discos de tangos. En un taburete está Irusta con Francisco Canaro... ¡y hay tantas!

—Yo quería ser original y no repetir lo de otros negocios y causaba admiración y sigue siendo novedoso. Viene gente, se toma fotos en las sillas y hasta deja sus firmas en la pared, y muchos luego me mandan imágenes y canciones—.

Tango y fútbol se conjugan y se mezclan en este popurrí, en este salpicón visual de añoranzas en sepia y blanco y negro que es el *Viejo Rincón*. Sin distingos. Ahí, en imágenes congeladas en el tiempo algunas gestas —muy pocas, dirán los envidiosos- del Medellín, algunas del Nacional, de la Selección Antioquia —con su arquero Gabriel Mejía- de la Selección Colombia y hasta de los clubes Boca Junior y River Plate se asoman por ahí.

—Aquí vienen a ver partidos y la gente engalana con bombas y serpentinas de acuerdo con los colores de sus equipos, y yo, entre tiempo y tiempo, les pongo los tanguitos—. Dice Antonio, y recuerda que fue lo mismo que aprendió a hacer al lado de su hermano Gabriel, cuando al final de su carrera tuvieron un programa deportivo y «entre gol y gol», comentario y comentario de su hermano, él ponía «un tango». Asunto este que inspiraría la frase que da bienvenida al sitio.

Mi búsqueda permite no ser muy original, y mientras en los bafles suena alguna de Oscar Larroca, –no sé cuál, pero en esta travesía ya reconozco su voz cascada- pregunto si acaso aquello de ...seré como *Fischer, Perfumo, Rattin...*, ese «*Sueño del pibe*» gusta, y me dice que sí lo pone bastante, pero luego me cuenta que realmente no tanto, pues «me parece un temita normal», y que los que más le solicitan son de Pepe Aguirre, Podestá, Echanguy y Larroca.

—De Gardel piden pocos. Si acaso mi *Noche triste, noche de Nueva York, Caminito, Mano a mano*. A veces pongo uno no muy conocido –pues me gusta innovar con la música- y me preguntan que quién es el que canta. ¡Imagínate!

Gardel no es tan ídolo, dice Antonio. Pero enseguida me ayuda a contar los cuadros que adornan estas paredes que son toda una provocación visual. Y hay tantos Gardeles: 21. Y pueden ser más. Está de sombrero en casi todas. En uno muy viejo, traído del bonaerense Café de los Angelitos; está hecho lápiz, cerca de Magaldi; de esmoquin, bailando con su mona Maris en la película *Cuesta abajo*, de 1934; vigila adentro del mostrador, de esmoquin y sombrero; está muy sonriente con camisa a rayas, y hay tantas fotos de sus caratulas y reconocimientos.

Muchos de esos Gardeles son regalados. El que más quiere Antonio se lo dejó un tío de su esposa: es un afiche enmarcado y con una pequeña foto adentro del vidrio con cuatro personas, los acompañantes de Gardel en el avión, al momento de su partida definitiva.

Dice Alberto que son ellos. No es tan nítida la imagen, ni la luz de esta noche. Cualquier noche.

Antonio se ajusta sus lentes, monta en su equipo un disco compacto de Gardel y me dice que pondrá uno que rara vez:

*Como el clavel del aire,
así era ella,
igual que la flor
prendida en mi corazón.*

La voz de Gardel y su guitarra me despiden y yo sigo buscándolo.

Seamos amigos

Para encontrar *La Payanca* debí ir a Junín, allá en la esquina con la 46, abajito del parque San Antonio, donde siempre se vistió de rojo este bar, propiedad de Gilberto Vallejo. Pero ya no está. La geografía del tango ha ido cambiando: pasó de Guayaquil y se ha ido regando por ciertos espacios, en especial del centro y centro-oriente. Y *La Payanca*, uno de los más reconocidos del tango en Medellín también ha ido levando anclas de ese «puerto sin aguas», como alguna vez bautizara el escultor Rodrigo Arenas, al populoso «Guayaco».

Hace un año *La Payanca* se estacionó al costado occidental del Parque de Bolívar. La de ahora tiene once mesas con sillas rojas de plástico. Baldosas limpias. Gente que tararea todos los tangos que suenan. Desde la barra, junto a la puerta, los hombres piropean a las damas que pasan con sus uniformes de enfermeras, y también a los travestis, de cuerpos tan perfectos que empalagan a la vista. En las paredes hay cuadritos de unos 20x20 centímetros, con fotos de artistas; sobresale, muy diva, Libertad Lamarque, con un bandoneón y su sonrisa. Hay un piano

moderno donde se seleccionan las canciones con monedas de 200, y las dos meseras se toman tragos de licor con los clientes. Y sonríen.

Gardel nunca se ha ido. Aquí está de sombrero alón, detrás de la caja registradora, al lado de las botellas de ron y aguardiente. Y está de esmoquin también, encima de los cuadritos de Jorge Valdés y de Enrique Rodríguez. Gardel habita esta *Payanca*.

Es la noche del último viernes de agosto, y el hombre que está en una silla a la entrada repara fijamente a la mujer de cabello tinturado de amarillo. Y canta con su ropita de turista en playa tropical. En una mesa cerca, un hombre de chivera canosa jura que «ese no grabó con la de Angelis». No se sabe a cuál «ese» se refiere, pero al parecer el hombre sabe de tango. O cree saber.

Creo.

Al cabo de una hora y dos cervezas no suena ninguna canción de Gardel. Caigo en la cuenta. Y sin embargo, hay quienes lo sienten muy presente:

—Uno lo mira y cree que le va a hablar—. Dice el administrador mientras repara en el retrato de un metro de Gardel, que domina la pared central del negocio.

Al fondo suena una versión popular de *Percal*. La hace Podestá, y mientras tanto la gente se entretiene viendo un partido de fútbol: Chicó contra Envigado por el rentado local. ¡Qué plan tan poco de viernes!

En una mesa frente a la barra está un hombre moreno, grueso y de bigote *charro*, que luego contará se llama Evelio, que es maestro de obra y vive en el barrio Popular Uno. Y con él está Andrés, un hombre blanco, de mediana estatura, y de ojos claros detrás de sus lentes.

Evelio aparenta si acaso 50, pero dice que tiene 66 agostos (estoy por creer que el tango rejuvenece). Recuerda que en La Pintada escuchaba tangos en un sitio que se llamaba el Gato Negro, y que el tema que más pedía era el *Arañazo*, del Caballero Gaucho. Y a Julio Martel. Y que cuando se vino a Medellín se trajo con él al tango y lo siguió buscando en *La Payanca* o en el *Maipú*, en Campo Valdés.

—Donde esté el tango estoy yo. Sus letras y sonidos me llegan al corazón. Hasta mis hijos ya escuchan. Y dicen que son una bacanería—. Agrega que le gusta esta música por arrabalera, pero enseguida aclara que no cree que sea de malevos como dicen por ahí.

No le entiendo, pero él sí se entiende.

Don Andrés Restrepo nació en Cañas Gordas, pero desde bien chico lo llevaron a Manrique, donde le «cogió el gustico» al tango. Sin embargo, en su juventud continuó el peregrinaje y se marchó a Estados Unidos, donde se radicó.

—Cuando me fui a vivir a Nueva York el tango me ayudaba a pasar el tiempo y me sacó adelante. Empecé a grabar música de una emisora de Puerto Rico. Tengo unos 40 casetes. «Zarco préstame un casete», me decían, y se los prestaba o nos reuníamos y tomábamos traguito—.

Es amigo de Evelio hace 40 años, y por eso cuando va a venir a Colombia, lo llama y le dice que se reúnan en La Payanca, sitio que él visita desde 1967 cuando, recuerda, quedaba al lado de un bar con un sonoro nombre: Las Brujas.

—Venimos para recordar música. *San Carlos, Tres amigos, La casa del zaguán...* son los temas que nos gustan—. Dice él, pero a Evelio también lo mueven otros intereses.

—Cuando escucho tangos recuerdo mi niñez en el pueblo. Lo añoro y añoro gente que ya se «ha ido a rendir cuentas».

Evelio y Andrés, tan amigos, coinciden que Gardel es el «ícono del tango», pero piensan que hay cantantes mejores. Eso dicen.

Evelio a veces pide *Volver, Cuesta abajo y Por una cabeza*, pero a la hora de predilecciones el tema obligado de estos amigos, ¡qué sorpresa!, es...*Seamos amigos*, de Alberto Echague. Eso comenta don Andrés y remata: —Creo que nosotros lo seremos hasta que Dios diga—.

Eso afirma, brindan con cerveza...

Pienso que es muy fácil creerles.

Tango agotado

Son las nueve de la noche. Don Andrés va hasta el piano y busca el tema para que yo lo conozca, y cuando suena, me parece que habla más de desamores que de amistad, pero nada digo. Allá ellos. Alcanzo a observar que el parque de Bolívar se ha ido quedando solo, pero en *La Payanca*

aún hay seis, siete, ocho mesas llenas. El administrador, rostro grueso, piel blanca y poco cabello sigue destapando botellas de cerveza y muy dispuesto. Mientras me tomo mi cuarta, y disfruto de unos tangos que no había oído en otros sitios, miro el cuadro de Gardel encima de la pared; grande el cuadro. Grande él, dirán otros. Y muy sonriente. Publicitario este Gardel, y me pregunto si acaso el hombre no tuviera esa su sonrisita, y ese su sombrero, y ese su aire de galán criollo de cine, sería venerado en estas tierras. Si nos diríamos gardelianos. ¿Será que la buena pinta ha ayudado a volverlo más mito?

Y pienso, malpensado, en *Tango agotado*, ese texto del infalible –quizá insufrible periodista- pero tan extrañado Alberto Aguirre, quien recordaba que «cuando vino (Gardel) a Medellín no tuvo ningún éxito..., pero se mató a los diez días, nadie se acuerda del fracaso y sucede la adoración funeraria que alcanza la eternidad».

A veces pienso que es mejor no tener buena memoria. O no sé.

Me pregunto y sigo buscando...



Juan Carlos Godoy, visita el tradicional restaurante Versalles en junio de 2011

Gardel en el camino de Versalles

En Versalles también se nota su presencia. Hay un Gardel que lee la prensa; otro que levanta con su mano el sombrero; otro que canta al lado de una jaula de pájaros y tan sonriente; hay otro bailando y otro que abraza a cuatro mujeres y tan contento; otro firma un documento al lado de su representante Armando Defino; y hay otro Gardel al lado de una destapada botella de vino y tan pensativo. Estos, y veintisiete más, hacen parte de la exposición «Gardel en el cine» que adorna en blanco y negro el segundo piso de este restaurante, ubicado en el muy céntrico Junín. Estos recuadros que semejan rollos de cine están ahí desde junio cuando al cabo de la muestra, la *Casa Gardeliana*, organizadora, pensó que en ningún otro sitio podrían quedar mejor.

Nada tan justo. Como quedó dicho en el libro *Camino a Versalles* (2011), en este restaurante, entre café y café, entre empanada y empanada, su propietario, el argentino Leonardo Nieto y un grupo de entusiastas que «le copiaron», tomaron la decisión de destacar la figura del Zorzal criollo en esta, la ciudad que lo vio nacer para la eternidad. En este Versalles seguramente nació o por menos se fortaleció la idea de un Festival Internacional de Tango, luego la fundación de la Asociación Gardeliana y posteriormente de la *Casa Gardeliana*.

Estos recuadros están ahí hace unos meses, pero ya Gardel era un asiduo de este sitio: está en una acuarela del pintor Ernesto Grafman, enviado -al parecer- desde «Su restaurant» La Gardeliana en Buenos Aires, Argentina; pero también está un Gardel de sombrero enmarcado en

madera pintada en rededor, con arabescos coloridos muy de la idiosincrasia andina; y claro, hay un Gardel, de un metro de alto por sesenta centímetros de ancho, muy presente con su sombrero y su sonrisa eterna, al lado de un Bolívar, vigilando todo en la modesta oficina de don Leo, al lado de un estante con libros y papeles contables.

Y claro, Gardel está en el segundo piso, encima de casi todo en este restaurante, pues desde allí se ha buscado destacar al máximo referente de la canción ciudadana, pero en general la intención de su propietario ha sido fortalecer los lazos de unión entre la cultura argentina y colombiana. Por ello, si bien es rey y señor, comparte paredes con Troilo y su bandoneón y sus mofletes; el Papa Francisco y su camándula; Borges y su mirada perdida; Gonzalo Arango y sus naderías; Manuel Mejía Vallejo y su cigarro; y Ramón Hoyos, Cochise, Rigo Urán, Nairo Quintana y sus bicicletas y sus triunfos; y por tiempos se han visto colgados afiches del Boca Junior y del River; del Medellín y del Nacional; y por supuesto, del Vélez Sarfield; y de la Selección Argentina y de la Selección Colombia.

En este Versailles Leonardo Nieto sigue demostrando que es el más argentino de los colombianos, o el más colombiano de los argentinos. Y donde se ha alentado por años y años el mito del Zorzal.

En la 45, de sombrero y sin sombrero

A los pies de Gardel, en la carrera 45 cuando pasa por Manrique, una placa recuerda que «entró a la gloria» en junio del 35. La estatua fue fijada allí, se lee, gracias a los cafeteros en octubre 12 de 1968, con ocasión del Primer Festival Internacional de Tango. Al lado hay más placas:

de Palito Ortega, del club Rosario Central, del pueblo de Puerto Rico, de la Nación Argentina, del Canal 9 de tv de Argentina, de la JAC de Manrique, de la Confederación Argentina de Basquetbol. Y hay muchas más.

En la 45 está Gardel por todos lados: avenida Carlos Gardel, estación del Metroplus Gardel, Salsamentaria Gardel, confitería y desechables Gardel, calzado Gardel; Gardel se quedó en este Manrique. Y un local esquinero quiere resumirlos: La esquina del tango. Claro que lo único que suenan son las máquinas traga monedas que embelesan a los clientes.

Más delante de la estatua está el bar *Tangómanos*. Negocio limpio e iluminado, donde esta tarde de domingo nos recibe *Ilusión azul*, de Juan Carlos Godoy.

—Este bar lleva 60 años en este punto—. Dice David, quien afirma no tener apellido. Y habrá que creerle.

Desde las paredes nos observa Gardel, quien está de sombrero y sin sombrero; cuatro Gardeles en blanco y negro al lado de Alberto Gómez y Andrés Falgás, que contrastan sobre las paredes azul cobalto; incluso uno de ellos tiene manchas que dan la impresión de que el Zorzal fuera pecoso (son cagadas de mosca. ¡Qué herejía!).

Caminito es el tema que más suena, dice el administrador sin apellido. Claro que antes de salir del sitio nos despide una voz ranchera.

La carrera 45, además de albergar locales comerciales tangueros y no tangueros, y otros que dicen que lo son pero no mucho, es un referente del tango, y en los años ochenta

se hizo famosa porque era el epicentro de las tangovías.

El periodista Ricardo Aricapa, mientras disfruta una cerveza, recuerda que la primera tangovía se hizo en 1986, por iniciativa del alcalde de Medellín, William Jaramillo Gómez, y de su secretaria privada, Piedad Córdoba, que tenían por fin sacar el tango a la calle. En esos años ochenta y noventa, la 45 se cerraba en el sector de Palos Verdes hasta la calle 80.

La gente recuerda la tangovía como «una inmensa pista de baile» por donde desfilaban los mejores artistas y bailarines del género, desde las dos de la tarde hasta la madrugada.



Don Leonardo Nieto, gran impulsor de la cultura tanguera en Medellín, tutelado por la sonrisa más icónica del tango

Gardel en su casa

—Te cuento algo: cuando don Leonardo Nieto vio tanto negocio de tango en la 45, puso aquí la estatua y la *Casa Gardeliana*—. Comenta Gustavo Rojas, dueño del Café Alaska. Enseguida dice que, sin embargo, la gente en Manrique a veces no valora su significado.

La Gardeliana es una casa a la cual se accede tras pasar unas rejas metálicas y subir treinta y tantas escalas de cemento. Es la primera noche de martes de septiembre y hay mucha actividad por ahí. Varios chicos corren por el salón principal, mientras Gardel desde las paredes azuladas los observa.

—Hace 10 años bailo tango; desde los 17. Me enamoré desde cuando las tangovías. Ese desfile de artistas era gigante—. Dice Camilo Rodríguez, bailarín de tango y profesor, mientras calienta con un grupo de chicos de ocho nueve diez con los que comenzará un ensayo. Agrega que el tango significa legado para Medellín, pero también industria.

—La muerte de Gardel es como el año cero. Gardel es el nacimiento del tango en Manrique—. Dice Camilo, y agrega que cree que el tango se le aferró por siempre.

Lina Marcela Osorio, de 37 años pero con el cuerpo que envidiaría una de 30, está feliz viendo bailar a su Juan Manuel, de 11. Dice que le encanta venir a acompañarlo a bailar, y máxime en esa casa que «tiene mucha historia». ¿Cuánta? No está tan segura. Pero dice que traerá a su hijo a bailar hasta que él quiera.

La Casa Gardeliana fue fundada en 1973. Desde el año 2013 es propiedad de la Alcaldía de Medellín y fue entregada para su administración a la Casa Museo Pedro Nel Gómez. Podría decirse que durante los años setenta, ochenta, noventa y comienzos de este siglo, fue más tanguera. Esta nueva casa se ve más aséptica, más agradable, más habitable. Más viva. En su programación se incluyen clases de tango, exposiciones temporales, visitas guiadas, cafetería, y el último viernes de cada mes hay milonga; incluso para acercarla más al barrio la prestan para reuniones comunitarias. Se ven más chicos y tiene ínfulas de ser pronto un museo. Sin embargo, un tanguero que recién la visitó y que prefirió no dar su nombre, considera que está como en un limbo, y no se refería a la barranca al lado de la quebradita sobre la cual está cimentada. «Como museo muy pobre y como casa perdió su alma», dijo.

—Para mí, estar en este templo del tango es bacano. La apuesta de la casa es por futuro. Nuestro mayor propósito es el semillero de tango con niños de siete a diez años, a los que les gusta más bailar tango que reguetón—. Dice Mario Patiño, quien trabaja hace dos años en la casa, mientras pega unas fotografías de Gardel para una exposición en una biblioteca de la zona.

—Gardel es el alma del tango en Medellín. Yo creo que camina por ahí—. Dice Mario.

Para el cronista Juan José Hoyos hay muchos más Gardeles en Manrique: «Imagínese que una vez en la AFP salió la noticia de que la estatua de Gardel la habían volado con una bomba, y el propio (presidente) Galtieri llamó a don Leonardo Nieto a que mandara a hacer una nueva

estatua que el gobierno argentino pagaba. Y resulta que la tal bomba fue que dos borrachos se abrazaron a ella y la tumbaron y amaneció vuelta nada. La gente cogió pedazos, el más grande se lo llevó una familia y lo tenía cerca de la cama de un enfermo desahuciado, esperando el milagro».

Dicen, pues, que Gardel se quedó en esta zona y yo seguiré buscando...



La cantante Adriana Varela y el empresario y tanguero Luis Guillermo Roldán, junio de 2013 en Medellín

Gardel de barrio

Gardel está muy vivo y muy contento. Lo encuentro una mañana de julio de 2015 en el Trece de noviembre, barrio bien colgado en las laderas centro-orientales de Medellín. Viste un pantalón de mezclilla verde claro que le llega un poco más abajo de las rodillas, camiseta de algodón y zapatillas chanclas.

Mientras comienza a limpiar su local de unos 20 metros cuadrados: barra, cuatro mesas y una terracita afuera, comenta que en el barrio le dicen «Gardel», que tiene 40 y agrega que «es muy conservado». Que por eso.

Este hombre se llama John Jairo Valdés, es oriundo de Angostura, pueblito del norte de Antioquia -donde dicen que un tal Marianito hacía milagros- y es el dueño de Billares Gardel, hace 10 años.

—Yo en mi pueblo escuchaba tangos y ahorra—. ¿Para qué ahorra?, me preguntaba papá. «Para tener un negocio en Medellín. Y vivir bueno». Le contestaba yo.

Dice este Gardel del Trece de noviembre que en su pueblo le gustaban los tangos; el que fuera, le decía al cantinero. —Aquí es lo mismo en mi negocio. A mí me dicen póngame cualquiera, y yo no sé de eso, solo que hay canciones tristes y alegres y las voy buscando en el computador—.

Claro que entre tango y tango, este Gardel, de chanclas y camiseta, algo ha ido escuchando: por ejemplo ha oído que Gardel —el otro- el que sí llevaba zapatos de charol y hombreras con plumas y sombrero negro, «murió por aquí cerquita».

—A uno ahí le van contando que se cayó en un avión y que tales—. Se ufana este Gardel de que la gente ya no dice vamos pa' los billares sino «vamos pa' donde Gardel».

—Ya me conocen así. Claro que hasta bueno parecerme a él. Pero no me he comprado sombrero. Usted sabe que un negocio funciona por la fama. Entonces, si me conocen más, pues mejor, ¿cierto? — Se pregunta, me pregunta, explica al tiempo este Gardel.

Y enseguida, mientras va lavando unos vasos y limpia la barra tras una noche de domingo, en que le pidieron mucho *Sangre maleva* y *Lejos de tí*, dice que también pone vallenaticos. «Usted sabe, pero lo que más, sí son tangos».

—Como allá en mi pueblo donde yo ordeñaba vacas y soñaba mi negocito, y vea: Gracias a Dios ya tengo el mío. Y pa' lante—.

«Pa' lante», dice este Gardel de Angostura. O me invita a seguir mi recorrido...

SERIE MEMORIA ISSN 1692-0368

No. 20 *Educación Media y Educación Superior en la República de la Argentina*. Víctor Mekler, 2004

No. 21 *Relacionar al estudiante con la vida cotidiana y productiva del país*. Cecilia María Vélez White, 2004

No. 22 *Consideraciones sobre financiación de la educación técnica en Colombia*. Jaime Niño Díez, 2004

No. 23 *La Educación Media, un problema de equidad, eficiencia y mucha innovación*. Marta Lucía Villegas Botero, 2005

No. 24 *Responsabilidad social de la ciencia y la tecnología*. Diálogos con los profesores León Olivé y Nicanor Ursúa, 2005

No. 25 *Tecnología, política y academia*. Homenaje al profesor Álvaro Tirado Mejía, 2005

No. 26 *Gestión Tecnológica, Gestión del Conocimiento y Gestión de la Innovación*. Entrevistas a Andrés Araujo, Nicanor Ursúa, Anton Borja y Mikel Gómez Uranga, 2005

No. 27 *Oportunidades para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología*. Jorge Reynolds Pombo, 2005

No. 28 *El Lenguaje en los contextos de la Ciencia y la Tecnología*. Cruzana Plata de Tamayo, 2005

No. 29 *El Quijote: de la risa, la crueldad y otros menesteres*. Reinaldo Spitaletta, 2005

No. 30 *¿Cuál es la coartada para negociar la calidad de la educación tecnológica?* José Marduk Sánchez Castañeda, 2005

No. 31 *Medellín: ¿de culos o en subida?* Gustavo Álvarez Gardeazábal, 2005

No. 32 *Marco normativo y regulatorio en las telecomunicaciones.* Carlos Alberto Atehortúa, 2005

No. 33 *Colombia, conflicto armado, amenaza terrorista y bomba social.* Salud Hernández-mora, 2005

No. 34 *Tendencias y mercados en las telecomunicaciones.* Alejandro Ceballos Zuluaga, 2005

No. 35 *De la deserción.* Juan Guillermo Rivera Berrío, 2005

No. 36 *Enfrentar un terrorismo de 40 años no es fácil.* Álvaro Uribe Vélez, 2006

No. 37 *El discurso científico desde el análisis del discurso.* Silvia Inés Jiménez Gómez, 2007

No. 38 *Instrumentos portátiles basados en sistemas biosensorísticos para aplicaciones con material biológico.* Gianni Pezzotti, G., Giardi, M.T., Rea, G., Tibuzzi, A., Lambreva, M, 2008

No. 39 *Marie Curie o la pasión que teje una existencia.* Sandra L. Jaramillo R, 2012

No. 40 *La experiencia de la lectura: ¿qué leer y por qué?* Juan Diego Tamayo ochoa, Rodrigo Zapata Cano, 2013

No. 41 *Y...¿Por qué periodista científica? Confesiones.* Lisbeth Fog, 2014

MEMORIA

Se terminó de imprimir en los talleres de Artes Gráficas
y Publicaciones ITM en el mes de diciembre de 2015.
Las fuentes tipográficas utilizadas empleadas son Georgia 10 puntos,
para texto corrido y para títulos Time New Roman a 13 puntos.
Medellín - Colombia

